

VERONICA LOWRY

EL
CORONEL
y la DAMA



VESTALES

© Editorial Vestales, 2015.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Lowry, Veronica
El coronel y la dama, 1.^a ed., San Martín: Vestales, 2015.
512 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-11-0

1. Narrativa. 2. Novelas románticas. I. Título
CDD 863

ISBN 978-987-3863-11-0

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2015 en Gráfica LAF SRL,
Monteagudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Para Marta, Horacio, Carlos y Carmen;
todos ellos, partes esenciales de mi propio ser.*

CAPÍTULO I

Londres, Regent's Park, Residencias Crest,
fines de mayo de 1848.

UNA LLOVIZNA PERTINAZ CAÍA DESDE EL DÍA ANTERIOR SOBRE la ciudad y parecía no tener visos de detenerse. El inusual frío, sumado a la humedad, había provocado una neblina densa que se iba disipando a medida que la mañana ganaba un poco de temperatura.

La joven que llegaba del salón comedor se acercó a la ventana de la sala que daba a la calle caminando relajada con las manos sujetas detrás de la espalda. Al llegar a destino, las soltó, y la mano derecha aleteó como al desgano en dirección de la cortina de delicado tejido para correrla apenas. Fuera se veía algo de la luz matinal, aumentada apenas por la que emitían los faroles aún encendidos para disminuir la penumbra reinante. En el gran reloj de pie del hall, sonaron las nueve; como todos los días, la puerta de la casa vecina se abrió para dar paso al hombre delgado y esbelto, de estatura mediana, que era su vecino desde hacía casi un año.

Siempre con la misma rutina que repetía cotidianamente —excepto los domingos cuando cambiaba su vestimenta de paseo por una digna de un enterrador para ir a pie a la iglesia de Santo Tomás y asistir, solemne, al servicio completo, luego despedirse formalmente del Reverendo Murchinson y, a continuación, volver a paso vivo a su casa—, el hombre cerró el cuello de la chaqueta de corte deporti-

vo, se acomodó la gorra de tweed y bajó los escalones de su casa con paso ágil y seguro, ajeno por completo al clima o a la semioscuridad reinante. Una vez en la calle, al igual que cada día, se tomó el tiempo —exactamente diez segundos— para echar un vistazo en derredor y luego dobló a la izquierda para iniciar la marcha habitual a paso vivo. Pasaría delante de la ventana de la joven en cinco, cuatro, tres, dos, uno... Sí, ahí estaba: puntual, impertérrito e indiferente como siempre.

Suspiró. El hombre hacía lo mismo todas las mañanas sin fallar ni un día. Lo había comenzado a observar con interés unos cuatro meses atrás después de aquella vez en que se lo había cruzado circunstancialmente una tarde en la calle en el momento de entrar cada uno a su respectiva residencia, cuyas puertas se hallaban separadas por una treintena de metros. En aquella oportunidad, habían intercambiado una mirada cortés; él la había saludado con un cabeceo seco y breve, y ella le había devuelto el saludo con una inclinación educada además de una sonrisa abierta y franca. Como bajo una fuerza superior a ellos, los dos se habían quedado un instante detenidos ante sus respectivas entradas observándose en silencio hasta que el hombre había girado con movimientos rígidos, había subido los escalones y abierto su puerta, perdiéndose en el interior al instante siguiente.

Recordó con precisión que habían sido sus ojos los que le habían llamado la atención. Eran grandes, oscuros y hacían perfecto juego con su cabello negro corto y muy cuidado, su atildado bigote y sus patillas finas hasta la base de las orejas. Estaban acompañados por unas espesas pestañas además de las cejas oscuras y densas que coronaban la magnífica fuerza de una mirada directa y firme que parecía abarcar todo con profundidad al instante. Charlotte se había sentido evaluada de arriba abajo en cuestión de segundos de una forma intensa, cabal —y por cierto descortés— como nadie antes lo había hecho. Para su desconcertado orgullo, a pesar de haberle ofertado su mejor sonrisa, no había parecido ser del agrado del hombre, algo que no le sucedía usualmente, ya que la mayoría de la gente sentía una natural simpatía hacia ella, simpatía que ella misma solía demostrar a las personas en una suerte de transacción personal de mutuo aprecio y beneficio.

Un poco por el malestar provocado por esa idea y otro poco por natural curiosidad femenina, había sido en ese preciso momento que había decidido que también lo evaluaría a fondo como él lo había hecho, aunque con sus propios métodos. No porque el hombre le interesara particularmente; amén de sus ojos y su porte, no había nada en él que resultara atractivo o estuviera fuera de lo ordinario y regular.

Para comenzar el plan de averiguaciones, había enviado a Mordach con las famosas galletas caseras con dulce de moras de su cocinera a dar la bienvenida a los sirvientes de la casa vecina y obtener toda la información posible sobre el hombre. El interrogatorio de su aya había dado rápido fruto; en menos de una semana, Charlotte sabía que en la elegante residencia vecina a la suya, apenas separada por un angosto pasillo para llegar a la entrada del servicio doméstico, vivía el muy joven coronel James Thomas Halston, de baja del servicio activo hacía un año y medio por pedido propio e incorporado al Ministerio de Guerra como oficial consejero –o algo así– para uno de los departamentos de la institución. Tenía treinta y cuatro años, y estaba soltero. Uno de los jugosos comentarios que Mordach había recabado tenía que ver con la no muy secreta búsqueda que el coronel hacía de una novia para casarse y terminar de establecerse: al parecer ya había comprado la casa, contratado a la servidumbre, servido a su país en la India, conseguido un trabajo oficial como empleado del ministerio por lo que solo le faltaba asentarse y formar una familia.

A lo largo de los cinco meses pasados, además de aprender sobre los estrictos y repetidos hábitos diarios del coronel, Charlotte había seguido –como la mitad de la alta sociedad londinense– el desapasionado y mecánico –pero tenaz– cortejo que el metódico coronel había hecho a cuatro reconocidas señoritas de *la crème de la crème* capitalina sin ningún éxito. Según los comentarios coincidían, el suyo había sido, más que cortejo, un asedio a plazas poco entusiastas y muy bien pertrechadas contra sus avances. Ninguna de las damas –ni de las familias– habían parecido halagadas en lo más mínimo para aceptar el franco avance del militar, presumiblemente porque su cortejo era un reflejo del hombre en sí: rígido, formal, de pocas palabras, seco, sin atención a las naturales delicadezas del espíritu femenino. Nada de

flores, nada de paseos por el parque departiendo, nada de bailes, de recitado de poemas o frases apasionadas a la luz de la luna. Una conocida de Charlotte, Margaret Stratton, había sido “víctima” del asedio del militar y le había comentado lo terrible que había resultado para ella la experiencia. Algo relacionado con un “pescado muerto” y “tan sensible como una roca”, creyó recordar de lo que la joven le había contado.

Quizá por esto, Charlotte se hallaba muy intrigada por ese correctísimo y aburrido ejemplar de hombre que al parecer no tenía ni la más mínima noción de cómo tratar con el sexo opuesto, aislado y solitario en grado sumo, del que se burlaban por su incapacidad para relacionarse y sobre el que comentaban una evidente imposibilidad para manifestar alguna emoción. Era impecable: responsable, buen trabajo, muy buenos antecedentes al servicio de Su Majestad, buena renta anual según había oído decir, buen linaje—el sueño de una madre con hijas casaderas—, pero incapaz de hacer empatía con las potenciales pretendientes (o cualquier otra persona, por lo que ella arriesgaba a adivinar). Guiándose por lo exterior, cualquiera se preguntaría qué más podría pedirse de un pretendiente; no obstante su intachable historial, las cuatro jóvenes habían rechazado categóricamente la propuesta sin casi considerarla y los padres de todas habían adherido a la decisión sin problemas. ¿Era en verdad tan malo para ser rechazado de esa forma?, se interrogó a sí misma más de una vez la propia Charlotte. ¿Carecía en realidad de sentimientos? Mm, interesante asunto para investigar.

La persona del coronel le planteaba un enigma difícil de desestimar que le daba algo de distracción a sus repetitivos días. Su existencia estaba tan organizada como la de él, pensó, aunque ella sí tenía espacios en los que cabía la espontaneidad. Vivía muy feliz junto a sus tíos abuelos y a los integrantes del servicio doméstico que eran parte de su familia. Su vida transcurría entre la asistencia a exhibiciones, museos, muestras de arte, teatro, charlas y, como tarea de caridad, su asistencia en el asilo de ancianos en donde colaboraba ayudando a organizar y a entretener a los ancianos, incluso daba una mano para conseguirles lo necesario para que subsistieran. Las pocas veces que acudía a bailes o reuniones era con la finalidad de conse-

guir fondos para seguir asistiéndolos lo mejor posible, aunque a veces resultaba ser también a instancias de su tía que buscaba siempre la forma de que ella se divirtiera un poco en circunstancias más acordes con su edad.

Volviendo al tema de la investigación, recordó que, en esa ocasión, se le había ocurrido que el ayuda de cámara del coronel –un hombrecito nervioso, pero correcto, según Mordach– debía saber cosas más personales sobre el patrón por lo que había decidido requerir los servicios de Harold, el valet de su tío, para que le sonsacase lo que pudiera. Y bien que el plan había funcionado. Después de un par de noches de bebidas y charla entre hombres en un *pub* de Saint John's Wood, Charlotte había obtenido suficientes elementos como para construir una imagen acabada del extraño personaje. Según los resultados del amistoso interrogatorio de Harold, el coronel provenía de una familia de militares por vía materna y de estudiosos por la paterna. Su infancia había sido corta y sin afecto –mal atendido por criados indiferentes; en algunos casos, atormentado por niñeras maliciosas inclinadas al castigo físico fácil– debido a la indiferencia absoluta de sus padres que solo cubrieron mínimamente sus obligaciones materiales para con su único hijo sin preocuparse jamás por verlo o hablarle. De lo que Halston alguna vez había dado a entender al pasar, según su asistente, no más de tres o cuatro veces había recibido de pequeño alguna nota fría y escueta de su padre desde Londres –donde los progenitores vivían mientras él crecía en Kent– con alguna orden o comentario vacío sobre los estudios del muchacho. La única persona que lo había salvado de esa orfandad afectiva había sido la abuela paterna, Louise Halston, nacida Albright. Luego, a la edad de diez años, había sido llevado a Oxford a estudiar con unos tíos desconocidos y más tarde había sido enviado a uno de los colegios de esa ciudad en los que ellos impartían clases. La vida con los hermanos del padre había resultado tan árida y poco apropiada para un niño como la de la propia casa. Haber pasado un tiempo con su abuela había sido la única cosa que había puesto algo de calor en el pecho del pequeño James, había imaginado Charlotte, pero aun eso no le había durado mucho.

No obstante una muy buena actuación académica, a los veinte años su familia materna había decidido alejarlo aún más: le había comprado un cargo militar para la India sin siquiera preguntarle, y hacia allá se habían encaminado los pasos del joven James a fin de transformarse en un oficial del ejército de Su Majestad. La carrera militar había sido brillante y todos sus superiores habían admirado las condiciones del entonces teniente Halston: honorable, serio, responsable, leal e inteligente. Por sus notorias capacidades para la matemática, la geometría, el diseño y el cálculo, al poco tiempo de terminar el entrenamiento ya había pasado al cuerpo de topógrafos y se había destacado en la confección de mapas cartográficos basados en observaciones de campo. Sus superiores se habían asombrado de las extraordinarias habilidades del joven teniente: sus relevamientos de terrenos eran exactos, sus mapas eran de una precisión extraordinaria y su trabajo había brindado al ejército invaluable información táctica y estratégica, lo que lo había llevado en poco tiempo a ser nombrado capitán, sorprendiendo a los pares por el rápido ascenso en el escalafón militar. Por desgracia, el solitario trabajo como explorador y dibujante de planos y mapas lo había aislado del resto de sus compañeros, por lo que los años en el ejército no le depararon la masculina camaradería que a muchos otros. El carácter, entonces, se le había vuelto aún más introvertido de lo que siempre había sido.

Dos años antes de concluir el servicio en la India, se le habían concedido los grados de mayor y, luego, coronel por acciones meritorias. Tras la baja, había vuelto para brindar servicios especializados en el Ministerio de Guerra. Al momento de instalarse en la casa de Crest —el más reciente vecindario de elegantes y sobrias mansiones de idénticas características de diseño para nobles y burgueses acaudalados que se había construido en un área aledaña a Regent's Park—, acababa de concluir un viaje de ocho meses por zonas rurales al oeste de Inglaterra, en el que había recabado información para actualizar los mapas de esas áreas.

Charlotte contaba ya con suficiente información sobre el enviado militar y solo le quedaba una cosa por hacer: generar una situación de proximidad en su propio terreno para poder concluir in situ la observación a prudente distancia y unir al hombre de carne y hueso con lo que sabía de él. Necesitaba dar el toque final a la imagen en su

mente. Se le ocurrió que una cena era la ocasión propicia para estudiarlo sin problemas. Hablaría con sus tíos abuelos para que organizaran una velada en la que el extraño vecino pudiera participar. Faltaba nada más invitar a las personas correctas para darle un entorno atrayente e inexcusable al atildado y severo coronel. ¡A la carga!